

# EDITORIAL

*Lo que parecía alborada  
era un ocaso secreto,  
aunque todos lo ignoraban.*  
JOSÉ EMILIO PACHECO



*Participantes de la presentación de los premios nacionales (2012, 2013 y 2014)  
de la Academia Norteamericana de la Lengua Española Enrique Anderson Imbert  
durante el Congreso de la ANLE.*

*De izqda. a dcha.: Humberto López Morales, Gerardo Piña-Rosales,  
Emilio Gilolmo, Georgina Guernica (por Elías Rivers),  
José Manuel Bleuca, Carmen Benito-Vessels, Luis Alberto Ambroggio,  
Nicolás Kanellos, Saúl Sosnowski y Carlos E. Paldao*

## LOS ECOS DEL ANIVERSARIO DE LA ANLE

La conmemoración del cuadragésimo aniversario de la fundación de nuestra Academia ha puesto una vez más de actualidad a la lengua, las letras y la cultura hispánicas en los Estados Unidos. A inicios de este año, la publicación de la obra de Felipe Fernández-Armesto (véase en “Percepciones”) preparó el camino para la realización de nuestro Congreso en la emblemática *Library of Congress*, entre el 6 y el 8 de junio, cuyo significativo lema, “La presencia hispana y el español de los EE.UU.: unidad en la diversidad”, sintetiza la profunda convicción de todos quienes integramos la ANLE.

Al trazar los primeros lineamientos del magno acontecimiento, el primero en su género en la joven historia de nuestra Academia, la idea inicial que surgió fue la de examinar los procesos culturales que acompañaron el descubrimiento, conquista y colonización hispánicos en el amplio territorio de lo que hoy son los EE.UU. Sin embargo, bien pronto la Comisión Organizadora tomó conciencia de las limitaciones potenciales de tan ambicioso proyecto, que hubiera supuesto no solo un cronograma mucho más extenso, sino también la organización de un vasto acervo bibliográfico, ordenado cronológicamente, que tuviera en cuenta tanto una perspectiva integral como otra diferenciada por regiones, cada una de las cuales ha recibido a lo largo del tiempo complejas y disímiles corrientes de influencia. Por tentadora que resultaba esta propuesta multilineal, se optó por una solución más funcional y no menos movilizadora, la que partiendo de las preocupaciones del presente, se desplegara en abanico hacia los temas que polarizan la reflexión, generan proyectos y se traducen en un constante flujo informativo en el mundo hispanounidense.

Es así que durante los días del encuentro se congregaron 187 participantes de 77 instituciones universitarias, académicas, cultura-

les y de la sociedad civil, muchos provenientes de distintos estados del país sede, otros de Alemania, Argentina, Bolivia, Canadá, Chile, Costa Rica, España, Francia, Guatemala, Honduras, Italia, Marruecos, México, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Suiza y Uruguay. Los trabajos leídos durante el congreso se distribuyeron en 37 sesiones y comprendieron 117 ponencias en torno a la lengua (sociolingüística, dialectología, historia de la lengua, bilingüismo, enseñanza del español, traductología, ciberlenguas), las letras hispánicas y temas afines a la cultura hispanounidense.

Los trabajos del congreso suscitaron animados intercambios durante los cuales se plantearon cuestiones referidas al español como lengua de herencia en los Estados Unidos, sus vinculaciones con la presencia española en las Américas, las políticas lingüísticas y las implicaciones normativas de la lengua escrita en relación con el habla y con los procesos y estrategias de enseñanza y aprendizaje, entre otras. Los distintos universos de la creación literaria fueron abordados a través de un amplio espectro de autores del mundo panhispánico al igual que sus aspectos temáticos, estilísticos y técnico-escriturales. Se dedicó especial atención al examen del impacto de la presencia hispánica en la sociedad, la economía y la cultura de los EE.UU., como así también a su papel en los medios de comunicación. La acción y proyección de distintas Academias dentro y fuera de la región mostraron un escenario multidimensional en pleno proceso de expansión, en el que se destacan las características diferenciales de la ANLE respecto de las demás Academias al ser la única cuyo quehacer se desarrolla en un entorno donde la lengua dominante es el inglés.

A diferencia de lo que suele ocurrir en otros encuentros académicos, las ponencias y conferencias presentadas en el congreso no fueron, en su mayoría, el resultado final de una tarea investigadora, sino más bien el inicio de una toma de conciencia que llevó a los participantes a identificar la necesidad de ahondar aspectos sociolingüísticos que atañen a la política lingüística y panhispánica de la ANLE, entre los que destaca la normativización del español escrito de Estados Unidos. De igual manera se asumió la importancia de mantener una visión interdisciplinaria en lo cultural que permita superar lagunas historiográficas en la evolución del español en los siglos pasados. Se reconoció, además, la necesidad de rescatar figuras consulares del arte y la literatura hispanounidense, así como también de quienes han

dedicado sus vidas al estudio, la promoción y la difusión de la cultura hispánica en los EE.UU.

Entre los muchos aspectos de interés tratados, uno de peculiar relevancia fue si se puede hablar de una “identidad y cultura hispanounidense” en singular. La respuesta a esta pregunta sin duda no es fácil si se tiene en cuenta la enorme extensión de un país a lo largo de cuya historia se han generado numerosas “culturas” hispánicas (o latinas), como evidencian varios trabajos de la *Enciclopedia del español en los Estados Unidos* (2008), obra que examina el pasado, el presente y el futuro del español y de la cultura hispana en el territorio estadounidense. No reconocer el sentido plural de la noción de “cultura” equivaldría a postular la existencia de una cultura hispanounidense hegemónica o dominante que por su propia naturaleza desconoce u oblitera la riqueza desplegada en la diversidad.

En el marco de las diversas actividades de este histórico encuentro, algunas alcanzaron particular relieve. Sin duda la entrega del Premio Nacional “Enrique Anderson Imbert” en sus ediciones correspondientes a los años 2012, 2013 y 2014 –que contó con los auspicios de la Fundación Telefónica de España– adquirió especial trascendencia porque pone de manifiesto el reconocimiento de la ANLE a la trayectoria de vida profesional de figuras académicas que de manera firme y sostenida han realizado una labor señera en defensa de la lengua y las letras hispanounidenses. De igual manera, concitó la atención de los participantes la muestra de publicaciones donde se expusieron 224 títulos, muchos de estos editados por la ANLE, que testimonian la productividad de sus integrantes. Este valioso material, como así también el que allegaron otros participantes, permitió apreciar la dimensión de la cultura panhispánica en los Estados Unidos.

Las sesiones de trabajo del congreso encontraron ameno complemento en una serie de actividades culturales en las que se estrecharon lazos de camaradería entre los participantes, al tiempo que se proyectaban futuros intercambios productivos. Cabe mencionar entre estas el evento poético-musical celebrado en el Instituto Cultural de México en Washington, DC., la cena de camaradería patrocinada por el periódico hispano de *The Washington Post*, *El Tiempo Latino*, un paseo literario cultural por la zona metropolitana de Washington, DC. y el almuerzo de clausura en la antigua residencia de los embajadores de España.

Los seis meses transcurridos desde el congreso han permitido tomar la necesaria distancia para hacer una relectura del minucioso y completo *Informe* del encuentro preparado por Jorge Ignacio Covarrubias (<http://www.anle.us/576/Noticias-sobre-el-I-Congreso.html>). De igual manera, la selección y compilación de las presentaciones realizadas que está organizando Rosa Tezanos-Pinto permitirá singularizar los senderos que habrán de ser retomados para ahondar reflexiones y sistematizar futuros esfuerzos, y también para detectar nuevos cauces de investigación posible.

Los Estados Unidos –como en su momento señaló David J. Weber (*The Spanish Frontier in North America*, 1992)– han sido siempre una sociedad multiétnica, a pesar de lo cual gran parte de la historiografía del país ha limitado sus orígenes coloniales a las trece colonias inglesas. De esta manera, en el imaginario colectivo de la cultura norteamericana se ha internalizado el relato de la expansión de la América inglesa en la costa atlántica hacia el interior en lugar de reconocerse las distintas culturas que forman la base de la herencia nacional del presente. Felizmente, en las últimas décadas esta concepción etnocéntrica y teleológica ha cedido paso a una historia más incluyente que toma en consideración no solo la presencia, acción y proyección del pasado sino además la valoración de las minorías, tanto nativas como procedentes de la inmigración.

La historia documentada revela que, a los veintiún años del descubrimiento, ya existían en La Española 17 ciudades de lengua y cultura hispánica, desde donde zarpó Juan Ponce de León para desembarcar en plena Semana Santa en lo que bautizó como la Tierra de la Pascua Florida, aunque solo esta última palabra ha permanecido hasta ahora como nombre de lo que hoy es uno de los 50 estados de los EE.UU. No podía entonces sospecharlo Ponce de León, pero acababa de descubrir el territorio donde siglos más tarde se fundaría una nación que llegaría a ser una de las más poderosas sobre la faz de la tierra: los Estados Unidos de América. Gracias a él, Norteamérica entraba así, hace 501 años, en la historia de Occidente. Se había adelantado en nada menos que 107 años a los peregrinos puritanos que llegarían en 1620 a Massachusetts a bordo del “Mayflower”. Y en esta línea de evocación tampoco puede pasarse por alto la expedición de Pedro Menéndez de Avilés, quien el 28 de agosto de 1565 funda San Agustín de la Florida, el primer establecimiento de los europeos en el territorio de los actuales Estados Unidos, adelantándose en más

de cuarenta años al primer asentamiento permanente inglés, Jamestown, en el sur del actual estado de Virginia.

Aspiramos a que la próxima celebración de los primeros 450 años de la fundación de San Agustín contribuya a estimular en las nuevas generaciones la profundización del estudio y la investigación del enorme patrimonio de documentos y archivos que se remontan a aquella alborada, y que hermanan a las primeras figuras ilustres de la lengua y las letras hispánicas con los hacedores culturales de nuestros días en la generosa empresa de producir y alentar una toma de conciencia acerca del valor, la calidad y la pujanza de la cultura hispanounidense.

*EL EDITOR*

